

religioso, ni un hábito de amor cae sobre ellos; y así se convierten en estúpidos y misántropos, y su desesperación los hace capaces de todo! ¿Quién, en su situación, no abandonaría á su familia, cuya vista no hace más que aumentar su pena? ¿Quién no buscaría, en los desórdenes y en la intemperancia, el olvido de la miseria, y en los planes de destrucción, un desahogo á la cólera que los domina? ¿Quién es el que, desde el punto de vista de estos miserables, no puede explicar esta disposición de espíritu del asesino:

«Soy un hombre irritado por los ultrajes y las cobardes persecuciones del mundo, y me arrojaré á cualquier cosa por vengarme de él. Tan mala ha sido mi fortuna, que, para mejorarla ó acabar de una vez, arriesgaré mi vida en cualquier lance». ⁽¹⁾

11. Fundamentos morales y religiosos de los males de la sociedad.—Volvemos así á nuestro punto de partida. La cuestión social, es desde luego una cuestión moral. Proviendo de la destrucción de la moral, debe ejercer sobre ésta un poder destructor. Mientras no se restablezca la verdadera vida moral, no habrá solución posible á la cuestión social.

Pero entendemos estas palabras en un sentido que quizás no sea familiar á todo el mundo. Cuando se habla de inmoralidad, piensa únicamente el mundo en esos pobres obreros que se llevan cada mañana al cuartelillo de policía, después de haber gastado su último céntimo para anegar en aguardiente las miserias de la semana. Procede el mundo como si la inmoralidad fuese tan sólo un privilegio de las fiestas populares y de los pobres blancos de la Edad Media, usufructuado por el arte de seducción siempre nuevo de los jóvenes ricos desordenados. Que existe también inmoralidad en las clases más elevadas, y una inmoralidad más refinada; que hay también una inmoralidad pública, social, practicada en común, y aun tolerada por la ley, y que ésta obra de un modo incomparablemen-

(1) Shakespeare, *Macbeth*, III, 1.

te más pernicioso que la de los individuos, especialmente de los pequeños, he aquí en lo que nadie piensa más, que en la verdad de que la ley de Dios sujeta, no sólo la conciencia de los pobres, sino también las costumbres públicas y las instituciones políticas. Pues bien, precisamente el desconocimiento de esta verdad constituye en gran parte la cuestión social.

Es muy fácil echárselas de virtuoso, hablando de los vicios del pueblo delante de una taza de té ó de un *lunch*, y hacer el fanfarrón con la moral libre de los literatos. «Los pobres—dicen—son causa de su propia miseria. Deberían tener más moderación. ¿Qué necesidad tienen de formar una familia á la que no pueden sostener? Un poco más de frugalidad, de economía, de moderación, y podrán vivir bien. Pero cuando un pueblo se conduce como acostumbra á hacerlo, sólo la miseria puede domarlo».

Estos predicadores de virtud, de estómago satisfecho, casi parece que creen que pobreza y abyección son una sola y misma cosa, y que la pobreza es siempre la consecuencia bien merecida del pecado. Así juzgaban los duros paganos. ⁽¹⁾ Ahora bien, hay una pobreza de la que no es causa quien la sufre, y defectos que atenúa mucho la miseria, si es que no los excusa. Apenas se dan cuenta los ricos de la facilidad con que la pobreza expone con frecuencia al pecado. ⁽²⁾ No tienen necesidad de robar, de engañar, de ahogar su miseria en el desorden, y, sin embargo, estos pecados tampoco son desconocidos entre ellos. ¿Por qué querer hacer de la pobreza un justo castigo, cuando la vemos á veces pesar por largo tiempo sobre los pobres, antes de que, turbados por la miseria, lleguen á cometer una acción que ellos han cometido centenares de veces por exceso de bienestar?

¿Cuántas veces estos severos juicios morales condenan

(1) Menander, *Agricola frag.*, 2: *Sentent.*, 455. Juvenal, III, 144 y sig. Cf. Karl Schmidt, *Die bürgerliche Gesellschaft in der altröm. Welt*, 59 y s.

(2) Prov., XXX, 9. Hieron., *In Is.*, 48, 10; *In Ezech.*, 25, 27.—Ambros., *Hexæm.*, 5, 17, 57. Chrysost., *Sacerd.*, III, 16.

aquello mismo de que son causa! El ejemplo de los ricos y de los grandes ejerce ya una influencia contagiosa en la moral general y aun en la sociedad. Cuando el mal es cometido por los que son felices y poderosos, por los que gozan de honores, es un arma terrible, es una invitación dirigida en alta voz á la más peligrosa de todas las revoluciones, la destrucción de los límites morales. Entonces empiezan á decir los pobres y los humildes: «¿De qué nos sirve nuestra honestidad? ¿Por qué no existen más que esos vividores, á quienes todo sale á medida de su deseo? ⁽¹⁾ ¿No es más ventajosa una conducta viciada que nuestra amarga moderación?»

Pero todavía hay una falta mayor que el mal ejemplo de los poderosos é influyentes, una falta positiva, directa. ¿Cuántos obreros y obreras no han perdido sus principios religiosos, el carácter, la virtud y la templanza, por su impotencia completa para defenderse en presencia de la explotación sin conciencia del poder que da la riqueza? ¿Quién ha despojado de su honra á esos millares de seres que viven ahora de su deshonor, porque no encuentran ya la posibilidad de ganarse honradamente la vida? ¿No hay que aplicar especialísimamente á estas desventuradas víctimas, rechazadas por la sociedad, la frase de Malthus, de que se necesita una fuerza de voluntad poco común para que el que no es respetado de nadie se respete á sí mismo mucho tiempo? ⁽²⁾

Ciertamente, existen pecados cuya culpa tiene la sociedad, y son especialmente los que constituyen la cuestión social. Existe un sistema completo de pecados, con los cuales la lógica de los hechos ha trenzado el látigo que nos castiga actualmente. Mucho tememos que ese sistema no forme parte principal de lo que con tanta frecuencia se llama orgullosamente progreso moderno, ó ideas modernas. Todos se lamentan del retorno á la barbarie moral de las masas, del menosprecio de la autoridad, del desorden

(1) Malach., III, 14, 15. Job, XXI, 15. Eccl., VIII, 10 y sig.

(2) Malthus, *Volksvermehrung* (deutsch von Hegewisch), 1807, II, 192.

de la juventud; y con ansiedad vemos aproximarse el momento en que la generación que ahora crece tome en sus manos la dirección de los negocios. Pero ¿quién ha tejido ese látigo, sino nosotros mismos, con nuestra manera de educar á la juventud? ¿No es una falsa excusa de la cobardía, cuando se dice: «Curioso es ver cómo la juventud crece ahora en la corrupción?» ¿Qué hay de curioso en ello? ¿la época en que vivimos? ¿la corrupción? ¿el crecimiento? ¿Por ventura, en nuestra época, vinimos al mundo mejores que los que nacen ahora? ¿No, ciertamente! Es que nuestros padres nos educaron y disciplinaron bien, en tanto que nosotros educamos mal á nuestros hijos. Esta es la causa del mal. ¿Por qué no confesar que el efecto se corresponde admirablemente con su causa? ¿No es más natural que una educación impía produzca una generación impía, y una escuela sin Dios, un pueblo para el que nada hay sagrado? Esos niños que han sido educados desde su más tierna edad en la duda y el desdén para la primera de las autoridades, ¿qué pueden hacer sino mofarse de toda autoridad terrena y rechazar la tradición? Toda cuestión es inútil sobre este punto, como inútil es también la de saber sobre quién recae la falta de la situación actual, y cuál es el motivo de que el germen continúe desenvolviéndose así, y que nada, ó por lo menos nada decisivo, se haga para poner remedio. El culpable de tan grandes pecados es el responsable de la generación que crece, el que es causa de que hayan desaparecido en todas partes las antiguas costumbres y los límites de la tradición, y de que tantas reformas peligrosas se arraiguen sin obstáculos, y de que todos los poderes conservadores sufran bajo la opresión, la desconfianza y la violencia, y de que todos los medios de salvación ofrezcan sólo mediano resultado, se vean paralizados y sean insuficientes para remediar el mal.

Ahora bien, esto afecta más ó menos á la sociedad entera; pero los principales responsables son sin duda alguna los corifeos y los jefes. El mal goza de protección, en tan-

to que la defensa del orden y de las costumbres, no sólo está sin defensa, sino llena de trabas. ⁽¹⁾ La seducción y la usura tienen libre curso, y las misiones religiosas son vigiladas por la policía. Los comerciantes, los vendedores ambulantes, los buhoneros, emponzoñan impunemente al pueblo, si se confabulan para su negocio, en tanto que predicadores, asociaciones conservadoras y periódicos conservadores se ven sometidos á la censura. Ningún poder excita á la santificación del domingo, ni insiste en la práctica de la vida religiosa; pero el que ambiciona un empleo ó un ascenso, debe ocultar cuidadosamente sus convicciones y prácticas religiosas. Cuando un municipio niega su permiso para abrir una taberna, en la convicción de que toda nueva enseña expuesta con aprobación de la autoridad, es una provocación á la prodigalidad y nueva ocasión de desórdenes, se apresura el gobierno á autorizarla, y, con la renta del impuesto sobre las bebidas, paga á un empleado de estadística, para que calcule los efectos perniciosos de la frecuentación de los garitos y el aumento de casas sospechosas. ⁽²⁾

Así, pues, hay poco fundamento para anatematizarse recíprocamente. Los poderosos y los ilustrados pecan gravemente contra la sociedad, y los humildes procuran imitarlos según sus medios. De arriba, parten los grandes golpes contra los fundamentos sociales, la confusión de ideas, el envenenamiento de la inteligencia, la destrucción de la fe y del sentimiento religioso, la predicación continua del

(1) León XIII, *Encycl. Inscrutabili*, 21 de Abril de 1878 (Rundschreiben, Freiburg, 1881, 5).

(2) Según la estadística de 1894, lo gastado en alcohol en Inglaterra se eleva anualmente á 3500 millones de francos, poco más ó menos, un tercio del producto total del trabajo inglés. En el presupuesto de 1892 á 1893, consumió Alemania 5.456.000.000 de litros sólo de cerveza; de ellos correspondieron 227,7 litros por cabeza en Baviera, 184,3 en Wurtemberg, y 107,8 litros en toda Alemania. En 1885, contábanse en Alemania 25.006 cervecerías; en la Gran Bretaña, 26.998, y en Austria-Hungría 2026 (Schönberg, *Polit. Ökon.*, III, (3), 390. Cf. Roscher, *Volkswirtschaft.*, IV, (3), 428 y sig.; Ettingen, *Moralstat.*, (3), 686 y sig.; Hoppe, *Die Tatsachen über den Alkohol*, 1-21; *Handwört. der Staatswiss.*, VII, (2), 199 y sig. Bliss, *Encycl. of Social Reform*, 742 y sig., (1319 y sig.).

descontento con la doctrina de un progreso ilimitado, el desprecio de la autoridad y de las leyes, la negación de los derechos, de los deberes y de las verdades obligatorias, la suficiencia personal, que no acepta dirección alguna, la imposibilidad de dirigir á la juventud, la grosera avidez de riquezas, la necesidad de goces para los adultos, el materialismo de las masas, la disolución del hogar doméstico y de las familias, la profanación del matrimonio, la ruina de todos los límites, la esclavitud de la Iglesia y de todo lo bueno. Y abajo se realiza lo que falta á esta enumeración, con la ejecución práctica de las doctrinas que, con ceguera inconcebible, quisieron establecer los poderosos sólo para los espíritus fuertes, como inofensivo ejercicio intelectual.

Lejos de nosotros el pensamiento de querer excusar á los humildes. ¡Dios nos preserve de ello, porque su falta es también muy grande! Con frecuencia han rechazado la religión que les había enseñado en otro tiempo la virtud del trabajo, la moral, y los había sostenido en sus pruebas. Con demasiada frecuencia les falta el espíritu de penitencia, y, con él, la tenacidad, el espíritu de trabajo, el valor para los sacrificios, la paciencia y la resignación. Fáltales la fuerza para rehusar placeres que no les corresponden, fáltales la economía y la previsión. Así se explican esos murmullos relativos á salarios que apenas les impiden morir de hambre, y con relación á la dureza de los que los pagan. Pero también hay muchos patronos que dan un salario casi más elevado de lo que permite la situación, y, no obstante, carecen de lo necesario para vivir. Y aunque recibiesen un salario mucho mayor, ocurriría lo mismo. Sólo tienen lo suficiente cuando se convierten en mendigos, ó se ven condenados á presidio. ⁽¹⁾ Se quejan del lujo y de los vicios de los ricos, y, guardada la debida proporción, se permiten gastos mayores y excesos más dañinos que ellos. Si cobran un salario elevado, lo arrojan por la ventana. Si es exiguo, contraen deudas, como los grandes.

(1) Justus Moeser, *Patriotische Phantasien*, I, (3), 180 y sig.

Aun los días ordinarios—porque no quieren admitir diferencia alguna entre los días laborables y el domingo—apenas puede uno distinguirlos de las personas ricas é ilustradas, mientras no abren la boca. Puede uno aplicarles los proverbios: «Terciopelo al cuello, hambre en el estómago». ⁽¹⁾ «Terciopelo y seda en el cuerpo, extinguen el fuego en la cocina». ⁽²⁾ Según estos principios educan á sus hijos, y particularmente á sus hijas, en una categoría superior á su condición, alimentando en ellos pretensiones y esperanzas que inevitablemente los conducen á la ruina. No habitúan ya á los jóvenes al endurecimiento y á las privaciones, sino á todo lo que puede vaciar el corazón y la casa. Si se quisiese escribir la historia de la juventud de tantas mujeres, cuya conducta—no sin culpa de los padres que así las educaron, y de los maridos que las han escogido y deseado así—entraña la gran ruina social, toda ella se reduciría á estas palabras: «Danzaba bien y cocinaba mal». ⁽³⁾ Remendar, hilar, limpiar, ya no se trata de esto. Pero los hombres razonan demasiado sobre las necesidades de la época, y sobre este punto olvidan fácilmente hacer lo que podría aligerar algo su miseria. Con su filosofía, propónense únicamente obtener el menor trabajo posible, la mayor cantidad posible de dinero, dar poco y recibir mucho, hacer poco y obligar á que se les dé mucho. Es precisamente la misma filosofía, cuya opresión les obliga á lamentarse actualmente. Si lograsen realizar sus planes, harían sufrir á los demás exactamente lo que sufren ellos ahora, ya que sólo se proponen obtener lo que censuran en sus opresores. De aquí proviene ese odio contra las diferencias establecidas por Dios entre pobres y ricos, amos y criados, clase y clase. Se quejan, se enfurecen, y, sin embargo, ni siquiera aspiran á mejorar su condición. Y lo más triste es que se avergüenzan de su estado, y que los mismos obreros no honran ya su estado. ¿Quién se siente hoy

(1) Koerte, *Sprichwörter der Deutschen* (2), 6476.

(2) Sailer, *Weisheit auf der Gasse*, 1819, Grätz, XX, I, 74.

(3) Justus Møser, *Patriotische Phantasien* II, (3), 84 y sig.

orgullosos de su trabajo y de su oficio? Todos quieren subir más; pero ¿hasta dónde quieren llegar? Nadie lo sabe. Esta es la razón por la cual todos sus esfuerzos carecen de objetivo lícito, de base segura, de fin determinado. Mejores resultados obtendrían, procediendo de otro modo; pero son juguetes de fantásticas ilusiones, se entregan á sueños insensatos y estériles, y se convierten en presa de engañadores que tienen sobre ellos designios muy diferentes de aquéllos con los cuales se ilusionan. Se lanzan á empresas que no mejoran nunca su suerte, pero que los ponen cada día más en peligro de destruir la sociedad, y de minar el suelo que los sustenta.

Pero la última y más profunda razón de que todos estén en desacuerdo con la sociedad y esperen la salvación de ésta sólo de la renovación de la misma, así como también la última razón de que se haga todo lo posible para mantener el estado actual; la última razón—decimos—de que falte á todos el éxito en todo, de que ningún esfuerzo sea útil, consiste en la última y mayor culpa, de que todos son responsables, en el mayor yerro de la sociedad, esto es, en el apartamiento de los espíritus, en el alejamiento de la vida pública de Dios. ¿De qué sirven las proposiciones y planes más hermosos para la renovación y restauración de la sociedad, si se ha olvidado lo principal? Cuanto más se investiga y se calcula, peor andan las cosas. En esta situación se encuentran hoy todos, liberales y socialistas, y con frecuencia también, los conservadores todos, ó parte de ellos, pues también éstos procuran alejarse de Dios, ó interpretan á su manera las palabras divinas. De aquí que ningún cálculo salga bien, ni tengan éxito los más bellos planes. Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajarán los albañiles. ⁽¹⁾

12. Solidaridad en la falta que arruina á la sociedad.—La situación es triste, la miseria profunda, la falta general; toda la sociedad está enferma, porque toda ha faltado y cometido un crimen contra sí misma.

(1) Ps. CXXVI, 1.

Estas palabras son amargas, porque expresan la verdad; pero, por lo mismo que son la verdad, contienen un principio de curación. Todos han faltado. Ninguna clase tiene nada que reprochar á la otra. La una ha contaminado á la otra, y todas han puesto á la sociedad en el estado en que actualmente se encuentra. La culpa es común, y, en último extremo, es la misma para todos. Lo que un escritor francés indicó, poco tiempo antes de la Revolución, como causa de toda la ruina, del gran peligro social, existe todavía hoy. El egoísmo es la llaga que asuela toda la tierra. Todo lo toma y nada da. Es el adversario nativo de la comunidad y del bien general, y el que formula este principio: «Cada uno para sí». Con esto, quebranta todos los lazos que ligan á la humanidad y la precipita en el abismo de la nada. ⁽¹⁾

Nadie negará que es necesario remediar la situación. Con el llamado sistema del *dejar hacer*, el mal ha adquirido proporciones gigantescas. Hace ya mucho tiempo que no tenemos oídos ni inteligencia para la sabiduría de nuestros padres: «Si uno no hace bien á otro, le perjudica». ⁽²⁾

Pero es necesario que la corrección sea seria. Medidas á medias empeoran el mal. Un médico blando, produce heridas dolorosas. ⁽³⁾

Lo principal consiste en que se ponga manos á la obra en todas partes, sin excepciones, sin falsos pretextos, sin vacilaciones.

La causa del mal es el egoísmo, la rebelión contra la unidad y dependencia de las clases, contra la solidaridad de los derechos, de las ventajas, de las cargas y de los deberes por parte de la sociedad entera. Así, no se obtendrá la salvación, sino despertando el sentimiento por la comunidad y por las obligaciones solidarias de todos.

(1) Reboul, en Ribbe, *Les familles et la société en France avant la révolution*, 149.

(2) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.*, 314 (7, 211).

(3) Düringsfeld, *Sprichw. der germ. und rom. Sprach.* I, 57, Nr. 117.

La miseria es común y solidaria; la falta es común y solidaria; el deber de ayudarse mutuamente es común y solidario. Si estos tres principios se admiten de un modo general, todavía podemos abrigar alguna esperanza de remediar la situación.